

VIKTOR FRANKL

EL HOMBRE
EN BUSCA DE SENTIDO

Traducción de
CHRISTINE KOPPLHUBER y
GABRIEL INSAUSTI HERRERO

Edición y prólogo de
JOSÉ BENIGNO FREIRE

Herder

Títulos originales: Ein Psychologe erlebt das Konzentrationslager

Man's Search for Meaning

From Death-Camp to Existentialism

Traducción: Christine Kopplhuber (del alemán) y Gabriel Insausti Herrero (del inglés)

Diseño de la cubierta: Ambar comunicació visual

© 1946, 1959, 1962, Viktor E. Frankl

© 1979, Herder Editorial, S.L., Barcelona

11ª impresión de la edición de 2004, completamente revisada y actualizada

ISBN: 978-84-254-2331-4

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: Liberdúplex

Depósito legal: B- 7.966-2013

Printed in Spain

Herder

www.herdereditorial.com

ÍNDICE

Prefacio de José Benigno Freire 9

EL HOMBRE EN BUSCA DE SENTIDO

UN PSICÓLOGO EN UN CAMPO DE CONCENTRACIÓN ... 25

Primera fase: Internamiento en el campo 35

Segunda fase: La vida en el campo 49

Tercera fase: Después de la liberación 111

Apéndice

CONCEPTOS BÁSICOS DE LOGOTERAPIA 117

OTRAS OBRAS DE VIKTOR FRANKL 155

PREFACIO

Recordar la tragedia en su totalidad y en su conjunto, en lo genérico, siempre amortigua el impacto de la turbación y provoca cierta opacidad a la auténtica crueldad del holocausto. Al contemplar el cementerio de Auschwitz, con su inmensidad de hileras de tumbas en perfecta simetría, sólo parece albergar montañas de cadáveres apilados con cierta dignidad póstuma, tras una muerte (aparentemente) sin sentido. Sin embargo, si el espectador detiene la mirada y el corazón en cada una de aquellas tumbas, cambia completamente el paisaje de la abyección, porque le permite imaginar en cada hueco una vida malograda y frustrada: aquí quizás yacía una persona que, en plenitud del vigor y la creatividad, presentía una carrera profesional prestigiosa y útil...; aquí una madre muerta con el corazón dolorido por la suerte de unos hijuelos arrancados de un regazo aún fértil y acogedor...; allá –ceranos– un matrimonio que, tras sortear los múltiples avatares de una larga existencia, esperaba con sosiego el envejecer juntos...; más allá, a una joven le abortaron los sueños de un próximo matrimonio y de fundar una familia feliz...; más allá todavía, el cuerpo inerme de un niño o una niña que aún parece conservar, helada, una sonrisa ingenua nacida de una vitalidad en expansión... Si se suma el conjunto de ese dolor oculto y escondido, más la ignominia, se obtiene el genuino sufrimiento y la barbarie de los campos de concentración...

Una de aquella multitud de vidas rotas fue la de Viktor Emil Frankl (1905-1997).¹

Situémonos a principios de la década de los cuarenta del siglo pasado en la ciudad de Viena. En esos tiempos, Viena aún ejercía un señero influjo y romántico embrujo en los ambientes intelectuales de la época por su abrigo y mecenazgo en las artes y las letras, en la cultura. Aquella «Viena –nadie lo puede negar o menospreciar– era un foco excepcional de la cultura, las artes y el civismo europeos. Se ha dicho bien que Viena es el último esplendor del pasado» (L. Brajnovic). Y para un psiquiatra, además, Viena era el lugar de Sigmund Freud y de Alfred Adler.

Viktor Frankl se encontraba en la rampa de lanzamiento hacia una previsible brillante carrera profesional. Bien posicionado en los círculos médicos y con una incipiente pero prometedor consulta privada, acababa de ser nombrado director de la sección de Neurología del Hospital de Rothschild (1940), que atendía únicamente a pacientes judíos; aceptar ese nombramiento significaba, a todas luces, un desafío y una temeraria audacia, pues ya arreciaba la persecución nazi. Todavía resonaban en los cenáculos psiquiátricos, en medio de censuras y alabanzas, los ecos de las apasionadas disputas y controversias de aquel joven médico con las autoridades del momento: Freud y Adler. Esos desacuerdos, que conducían a una crítica-superación del psicoanálisis, y sus aportaciones personales para ofrecer una psicoterapia rehumanizada, los recogió en un manuscrito recién finalizado y ya en fase de encontrar editor. Esa obra reunía y compendia el estudio y la experiencia clínica de casi dos décadas. El ámbito de lo personal lo cubría un gratísimo, afectuoso y sereno ambiente familiar, de una familia de origen judío. A ese ambiente acogedoramente hoga-

¹ Para agilizar el texto de esta corta introducción omitiré las citas a pie de página; las palabras textuales de Frankl irán en cursiva. La casi totalidad de las referencias a la biografía de Frankl corresponden a uno de estos tres libros, o a los tres: Viktor E. Frankl, *Lo que no está escrito en mis libros*, San Pablo, Buenos Aires, 1997; Alfried Längle, *Viktor Frankl. Una biografía*, Herder, Barcelona, 2000; Haddon Klingberg Jr., *La llamada de la vida (la vida y la obra de Viktor Frankl)*, RBA, Barcelona, 2002.

reño de siempre se unió la feliz boda con la joven Tilly Grossner (diciembre de 1941).

La paz y el sosiego personal y familiar chocaba frontalmente con la situación de encrucijada social que se vivía en la calle. La invasión nazi provocó una aguda agitación social y política, y en lo cotidiano creó un clima de miedo y zozobra; los judíos se desenvolvían bajo el terror de la angustia y el futuro cercano se presagiaba aterrador. Ya había comenzado abiertamente la destrucción de sinagogas y el encarcelamiento, el confinamiento y la deportación de la población judía. Los Frankl, al comprender lo dramático de la situación, intentaron encontrar alguna solución. La única alternativa sensata parecía la huida. Stella, la hermana de Viktor, escapó a Australia. Su hermano intentó a la desesperada una salida hacia Italia como refugiado político; pero sus movimientos fueron descubiertos por los servicios de seguridad y lo confinaron, con su familia, en el campo de Auschwitz, y allí murieron.

Viktor Frankl consiguió un visado para emigrar a los Estados Unidos. Ese visado, además de eludir la persecución nazi, le brindaba la oportunidad de desarrollar y defender sus teorías psiquiátricas en un marco de mayor resonancia científica y cultural. Pero sus padres no lograron proveerse de una documentación que presentara alguna garantía para no correr el riesgo inminente de ser encarcelados o deportados. Además, ancianos ya, y sin la ayuda de ningún hijo, se quedarían ciertamente desvalidos...

La situación de sus padres planteaba a Viktor una difícil disyuntiva, una grave duda de conciencia: ¿debía atender a sus padres o proseguir una esperanzadora carrera?, ¿asegurar su reciente matrimonio o ayudar a su familia en su incierta suerte? El visado ofrecía un caminar exitoso en lo profesional y en lo personal, pero en Viena quedaba el inminente y seguro riesgo de la deportación de sus padres a un campo de concentración...

Desconcertado e indeciso salió a caminar un rato con la intención de solucionar el dilema. El vagar errante le condujo hasta la catedral de San Esteban, mientras en el interior se escuchaba música de órgano. Le pareció un lugar propicio para reflexionar. Permaneció aproximadamente una hora, sosegado por la paz del ambiente pero con un íntimo desasosiego. No veía manera de encontrar

una salida cabal: «¿Cuál era mi responsabilidad? ¿Ocuparme de mi obra o cuidar de mis padres? ¿En un momento así, uno siempre espera una señal del cielo!».

Regresó a casa con una pesadumbre. Al entrar observó un pequeño pedazo de mármol sobre el aparador. Se dirigió a su padre:

«¿Qué es esto?»

«¿Esto? Oh, lo he levantado hoy de un montón de escombros, allí donde antes se encontraba la sinagoga que han quemado. El pedazo de mármol es una parte de las tablas de los mandamientos. Si te interesa puedo decirte también de cuál de los mandamientos es el signo en hebreo que se encuentra allí grabado. Porque sólo existe un mandamiento que lo lleva como inicial.»

«¿Cuál es?», le insistí a mi padre.

Entonces me dio la respuesta: «Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas por mucho tiempo en la tierra...».

Así es que me quedé *en la tierra...*, junto a mis padres, y dejé vencer la visa.

Dejó caducar el visado para los Estados Unidos y sucedió lo previsible: unas semanas después la familia Frankl fue deportada al completo. En Auschwitz se separó de su mujer, Tilly, de la que nada supo a lo largo del cautiverio. De su madre se despidió en el campo de Theresienstadt al presagiar una indefinida separación. Como un adiós reverente la pidió la bendición:

Nunca olvidaré cómo ella, con un grito que le brotaba de lo más profundo de su ser, y que sólo puedo calificar de fervoroso, dijo: «Sí, sí, yo te bendigo», y luego me dio la bendición.

Unos días antes presencié la agonía y muerte de su padre en el mismo campo de Theresienstadt. Con ochenta y un años de edad, totalmente desnutrido, los síntomas del edema pulmonar se acentuaron. Viktor Frankl, como médico, le notó la dificultad respiratoria extrema anterior a la muerte; en ese momento, para aliviarle el angustioso dolor, a modo de cuidado paliativo, le inyectó una ampolla de morfina que consiguió esconder de contrabando dentro del campo. Fue casi al amanecer, antes de partir para los trabajos forzados, cuando se entabló el último y escueto diálogo: